

En esto pensad

Filipenses 4:8

Lecturas de edificación cristiana

Contenido

Un Espíritu de poder	73
El Espíritu Santo como poder	89
La libre acción del Espíritu Santo (fin)	93
Ha resucitado el Señor verdaderamente (III)	103

Año XI. N° 3

Mayo - Junio 2006

EN ESTO PENSAD

LECTURAS DE EDIFICACION CRISTIANA

Es una publicación de distribución gratuita que se sostiene con las oraciones y la contribución de los hermanos que deseen colaborar.

Para toda comunicación referente a la publicación, sírvase dirigirse a:

Roberto Jorge Arakelian
Cap. Cairo 546
(1842) Monte Grande
Buenos Aires
Argentina

©2006 Todos los derechos reservados. Editor: Jorge Arakelian.

Los artículos editados en otros idiomas se han traducido con el permiso de sus editores. Derechos de traducción reservados. Permiso de reproducción únicamente de forma completa y sin cambios. Queda prohibido utilizar este material con fines comerciales y/o cobrarlos.

NOTAS ACLARATORIAS

Las citas bíblicas utilizadas en esta publicación son tomadas de la versión Reina-Valera Revisada en 1960. Sin embargo, hay ocasiones en que la claridad del texto requiere el empleo de diferentes versiones, tales como la Versión Moderna u otras. Excepcionalmente, puede ser necesaria la traducción directa de la versión usada por el autor de un determinado artículo. En cada caso se indicará la versión empleada.

Abreviaturas:

BAS	= Biblia de las Américas
RV 1909	= Reina-Valera Revisión 1909
RVR 77	= Reina-Valera Revisión 1977
RVA	= Reina-Valera Actualizada 1989
VM	= Versión Moderna (H.B.Pratt, revisión 1929)
N.T.I. <i>Gr./Esp.</i>	= Nuevo Testamento Interlineal Griego-Español (F. Lacueva)
VHA	= Versión Hispanoamericana (Nuevo Testamento)
<hr/>	
(<i>M. E.</i>)	= <i>Messenger Évangélique</i>
<hr/>	

Las citas bíblicas textuales se encuentran entre comillas: “ ” y las citas no bíblicas entre comillas: « »

UN ESPÍRITU DE PODER

El creyente, después de su nuevo nacimiento, necesita poder para andar en novedad de vida, es decir, para manifestar la vida de Dios en cada una de las circunstancias que será llamado a atravesar. En sí mismo no posee ninguna fuerza, de manera que si fuera reducido a sus propios recursos estaría condenado a la impotencia y a la esterilidad. Pero Dios, en su gracia, le ha dado el Espíritu Santo, el cual es un “Espíritu de poder, de amor y de dominio propio” (2.^a Timoteo 1:7).

Aunque, a causa de la ruina del testimonio de la Iglesia, hoy día no poseemos más la plenitud del poder que se manifestaba en los albores del cristianismo, la promesa del Señor Jesús permanece inmutable y plenamente válida para cada creyente que descansa por la fe en la Persona y la obra de Cristo. De manera que puede exclamar: “Abba Padre”, seguro de que el Espíritu permanece **con** nosotros y **en** nosotros (Juan 14:15-17) como poder de la vida de Cristo obrando entre nosotros y en nosotros. “Vivimos por el Espíritu” (Gálatas 5:25) y por Él somos “fortalecidos con poder en el hombre interior”; Él es el “poder que actúa en nosotros” (Efesios 3:16, 20).

Mediante la fe, el pecador se convierte en un hijo de Dios y, como tal, recibe el don del Espíritu Santo, sello y arras de su redención. Efectivamente, según 1.^a Juan 2:13, la característica y el privilegio de los “hijitos” es conocer al Padre. Ellos lo conocen porque poseen el Espíritu de adopción, el cual da testimonio con sus espíritus de que son hijos de Dios y les permite exclamar: “Abba Padre”. “El Espíritu mismo da testimonio juntamente con nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios” (Romanos 8:16; VM). Así, pues, gozamos y proclamamos esa pre-

ciosa relación **por** el Espíritu y **con** el Espíritu. Tal privilegio pertenece no sólo a los “padres”, sino a los “hijitos”, a los recién nacidos en la fe, incluso si éstos son concientes de ello de manera muy débil. En efecto, la existencia de nuestra relación filial con Dios —como todos nuestros otros privilegios— no depende ni de lo conciente que podamos estar de ello ni de lo que podamos gozar al respecto.

La única condición a la que el don del Espíritu Santo está subordinada es haber recibido el evangelio de nuestra salvación (Efesios 1:13), por la fe en Cristo como el Salvador, quien murió por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación. “A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” (Juan 1:12). Los que creen en el Señor Jesús, pues, son hechos hijos de Dios y reciben el Espíritu, puesto sobre ellos como sello distintivo de la relación en la cual han sido establecidos. La Palabra da testimonio de este hecho muchas veces. Por ejemplo, en Hechos 11:17, Pedro declara: “Dios, pues, les concedió (a los gentiles) también el mismo don (del Espíritu Santo) que a nosotros que hemos **creído** en el Señor Jesucristo.” En Hechos 15:8-9, dice: “Dios, que conoce los corazones, les dio testimonio, dándoles el Espíritu Santo lo mismo que a nosotros; y ninguna diferencia hizo entre nosotros y ellos, purificando **por la fe** sus corazones.” El apóstol Pablo confirma este hecho al recordarles a los efesios que, después de haber oído la palabra de verdad y de haber creído el evangelio de su salvación, fueron sellados con el Espíritu Santo de la promesa (Efesios 1:13). Un “creyente”, privado del único poder mediante el cual es hecho capaz de andar en novedad de vida, no podría hacer nada: ni andar (Gálatas 5:16), ni servir (1.ª Pedro 4:11), ni rendir culto (Filipenses 3:3

VM), ni orar (Efesios 6:18), ni dar testimonio (Hechos 1:8), ni conocer la verdad (1.ª Juan 2:20, 27), ni tener acceso al Padre (Efesios 2:18), ni concretar su vocación celestial (Efesios 1:14), ni abundar en esperanza (Romanos 15:13), ni soportar las luchas y las pruebas del camino, ni obtener la victoria sobre Satanás y los deseos de la carne (Efesios 6:10 y siguientes; Gálatas 5:17).

Pero, gracias a Dios, todos los que creen en el Señor Jesús y descansan en la obra que él consumó son sellados por el Espíritu Santo de la promesa, quien, como lo expresó uno de nuestros antiguos guías, «es la fuerza para vivir, pues la fuerza completa se encuentra en el Espíritu». “El Padre... os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre... y **estará en vosotros**”.

Sin embargo, el creyente no debe buscar, de ninguna manera, el sentimiento del poder en su propia persona. Al contrario, el Señor obra por diversos medios para que el creyente sienta realmente su total impotencia y lleve a la realidad la muerte de sí mismo. Así aprenderá que Su gracia le basta y que Su poder se manifiesta en la debilidad. De este modo podrá decir con el apóstol: “Cuando soy débil, entonces soy fuerte”, pues el sentimiento de su debilidad lo llevará a apoyarse únicamente en Cristo, en quien hallará fuerza y victoria por el Espíritu Santo. “Tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros” (2.ª Corintios 4:7).

Para el creyente, tal poder le es indispensable en su andar, en su servicio y en su testimonio; también es la única fuerza para la lucha y la oración. Finalmente, dicho poder es la única fuente que lo capacita para adorar y asimismo es el sostén de su esperanza.

1. *El Espíritu, poder para el andar*

“Digo pues: Andad según el Espíritu, y no cumpliréis los deseos de la carne... Si vivimos por el Espíritu, andemos también según el Espíritu” (Gálatas 5:16, 25; VM). “No andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu” (Romanos 8:4). El creyente, librado del poder del pecado y de la muerte, es llamado a andar por el Espíritu, quien le da la capacidad de no cumplir más los deseos de la carne y de manifestar el fruto del Espíritu (Gálatas 5:22). Habiendo crucificado la carne con sus pasiones y deseos (v. 24), puede considerarse muerto al pecado, pero vivo para Dios en Cristo Jesús (Romanos 6:11). Anda en el poder del Espíritu Santo, con los ojos fijos en Cristo, con el corazón lleno de Él y gozando continuamente de Su comunión. El creyente es librado de sí mismo y vive de la vida de Cristo, por el Espíritu; la carne en él es mantenida en el lugar que Dios le asignó, es decir, en la muerte, de manera que el Espíritu Santo, no contristado por las manifestaciones de la carne, puede desplegar todo su poder y producir su fruto para la gloria de Dios.

Así, por el Espíritu Santo obrando en nosotros, hacemos realidad la vida de Cristo en nuestro andar. Ni nuestros esfuerzos, ni nuestras buenas intenciones pueden darnos esa capacidad, porque tales cosas sólo contribuyen a colocarnos nuevamente bajo la esclavitud de la carne. Únicamente el Espíritu nos introduce en la bienaventurada libertad de los hijos de Dios y produce una verdadera santidad en nuestra vida cotidiana. Si, pues, andamos por el Espíritu obtendremos una victoria total y constante, porque Él es el que triunfa en nosotros mediante su poder sobre el poder de nuestros enemigos. Pero evitemos que nuestra propia voluntad, la cual es, de hecho, la de la

carne, lo contriste y le ponga trabas. En efecto, la obediencia es la condición indispensable para que en el creyente se manifieste el poder del Espíritu.

Para ello es importante que nos alimentemos de la Palabra y que busquemos la voluntad de Dios mediante la oración. Guardémonos de andar a la luz de nuestro propio fuego y de las teas que encendemos, de otro modo Dios nos hará yacer entre dolores (Isaías 50:11).

Así como Israel, durante la travesía del desierto, debía dejarse conducir por la nube (Números 9:15-23), el creyente tiene en sí al Espíritu Santo quien lo protege, dirige e ilumina en su camino hasta el día en que sea llevado a la casa del Padre. ¡Que todos podamos hacer nuestro este privilegio por la fe y, abandonando toda voluntad propia, nos dejemos guiar por el Espíritu hacia la tierra prometida! Y si el camino está sembrado de diversas pruebas, el Espíritu de poder, fiel Consolador de nuestras almas, nos libraré de todo temor y nos ayudará a echar toda nuestra ansiedad sobre Dios, cuya paz guardará nuestros corazones y pensamientos en Cristo Jesús.

2. *El Espíritu, poder para el servicio*

“Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él” (Juan 7:37-39). El que está lleno del Espíritu tiene el inmenso privilegio de ser un canal de bendición. Todos aquellos que, habiendo oído el llamado del Señor, fueron a él y bebieron de la fuente que su amor les abrió, tienen la responsabilidad de comunicar a los de-

más las gracias recibidas de Dios. En la medida en que seamos concientes de tal responsabilidad, venimos a ser instrumentos de los que el Señor puede valerse para hacer correr, por el poder del Espíritu, ríos de agua viva: el mensaje que proclama la salvación en Cristo, la paz, el gozo, la exhortación, la esperanza. La mujer que estaba en el pozo de Sicar (Juan 4) es un conmovedor ejemplo de ello. Después de que el Señor se reveló a su alma, ella dejó su cántaro y se fue a la ciudad anunciando por doquier: “Venid, ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será éste el Cristo?” Y la Escritura añade: “Y muchos de los samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por la palabra de la mujer, que daba testimonio diciendo: Me dijo todo lo que he hecho.”

¿Nos hemos tomado ya el tiempo para considerar esa larga cadena de fieles testigos que, desde los apóstoles hasta nosotros, a través de los siglos y a despecho de todos los obstáculos, han transmitido el mensaje de salvación? El vaso, por cierto, no es nada, pero ¡qué gracia se nos manifiesta en el hecho de que podamos ser canales por los cuales el agua de la vida llega a los que tienen sed! Si el Señor nos deja en este mundo es para que estemos llenos hasta desbordar. ¿Cómo es posible que las aguas de la bendición corran de manera tan débil en muchos creyentes? ¿No es a causa de que el Espíritu es contristado por la actividad de la carne? Si nuestro corazón se encuentra vacío, endurecido y reseco por amar las cosas del mundo, no puede ofrecer ningún refrigerio a otros. Pero cuando un creyente sacia su sed permanentemente en la fuente de aguas vivas, Cristo lo llena del Espíritu Santo, quien manifiesta en dicho creyente un poder comunicativo y le revela gracias sobreabundantes de las cuales éste puede hacer participar a otros.

Sin embargo, para esto es necesario que nuestro ser entero se mantenga sumiso a la acción del Espíritu Santo. Entonces estaremos listos para obedecer a Dios, y el Espíritu producirá en nosotros una gozosa y confiada dependencia, unida al poder. De este modo haremos realidad la exhortación de 1.^a Pedro 4:11, que dice: “Si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da, para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo.” Entonces nuestros recursos naturales ya no serán más el fundamento de nuestra actividad y así serviremos únicamente mediante el poder del Espíritu.

Tal camino es difícil, pues implica la muerte de todo lo que es el hombre en sí. Pero sólo de esta manera podrá manifestarse en nosotros la vida de Jesús, y nuestro servicio podrá producir frutos para él. Por eso el Señor jamás nos confía una tarea que tengamos que llevar a cabo con nuestras propias fuerzas. Él sólo emplea vasos que han sido quebrados, a través de los cuales hace su obra mediante el poder del Espíritu. De manera que, en todo servicio que hagamos para el Señor, debemos sentir un verdadero temor de nosotros mismos a fin de que seamos guardados de confiar en la carne y de obrar con nuestros propios recursos. La ayuda y el poder se encuentran siempre en Dios y no en nosotros mismos. Él da lo que es necesario a medida que se presentan las necesidades, de manera que el poder para el servicio está ligado a una permanente dependencia del Espíritu Santo.

3. El Espíritu, poder para el testimonio

“Cuando venga el Consolador... él dará testimonio acerca de mí... Tomará de lo mío, y os lo hará saber” (Juan 15:26; 16:14). “El Espíritu es el que da testimonio; porque el

Espíritu es la verdad” (1.ª Juan 5:6). El Espíritu da testimonio de Cristo, el hombre glorificado a la diestra de Dios, por todas partes. Es un testimonio acerca de un Cristo celestial, que se agrega al testimonio dado por los apóstoles acerca de un Cristo al que ellos habían conocido y seguido en la tierra (Juan 15:27).

Nosotros también somos llamados a ser testigos del Señor Jesús en un mundo que lo rechazó, y a proclamar la salvación que él ofrece a los pecadores. “Me seréis testigos... hasta lo último de la tierra” (Hechos 1:8); véase también: Mateo 28:19 y Marcos 16:15). Si nuestro corazón está lleno de Cristo no tendremos dificultad para hablar de él, pues “de la abundancia del corazón habla la boca” (Mateo 12:34). Recordemos también estas solemnes declaraciones del Señor: “El que se avergonzare de mí y de mis palabras, de éste se avergonzará el Hijo del Hombre cuando venga en su gloria ... Todo aquel que me confesare delante de los hombres, también el Hijo del Hombre le confesará delante de los ángeles de Dios; mas el que me negare delante de los hombres, será negado delante de los ángeles de Dios” (Lucas 9:26; 12:8-9). Alguien dijo: «Todo creyente es un ciudadano del cielo que tiene una misión en la tierra.» Por eso nuestra vida sólo puede ser feliz si la vivimos dando testimonio de Cristo.

Pero no podremos cumplir con esta elevada misión si no lo hacemos mediante el poder del Espíritu Santo. El Señor dijo a sus discípulos: “Y vosotros sois testigos de estas cosas. He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto... recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos” (Lucas 24:48-49; Hechos 1:8). Los discípulos —y tam-

bién nosotros— se habrían sentido imposibilitados de dar un testimonio fiel al Señor si no hubieran contado con tal poder de lo alto.

Sabemos lo que le sucedió a Pedro. En el momento en que debía haber dado un testimonio para Cristo, dijo: “No conozco al hombre” (Mateo 26:74). Más tarde, habiendo recibido el Espíritu Santo, la osadía que manifestó llenó de asombro al concilio. Ya no era más cuestión de su debilidad —por cierto tan real como antes—, sino del poder del Espíritu obrando en él (Hechos 4:8 y sig.). Fue igual para otros discípulos quienes, fortalecidos por tal poder, no manifestaron más temor, sino que obtuvieron victoria sobre victoria y proclamaron: “Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas, y también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen” (Hechos 5:32).

Acerca de Esteban, está escrito que sus adversarios no podían resistir a su sabiduría y al Espíritu con hablaba (Hechos 6:10). En cuanto a Pablo, él dice de sí mismo: “Y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder... Pues nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre” (1.ª Corintios 2:4; 1.ª Tesalonicenses 1:5).

Nosotros también, tal como esos testigos de antaño, apoyémonos en el poder del Espíritu Santo, para que nuestro testimonio sea firme y fructífero, y para que podamos derramar en este mundo sediento las aguas refrescantes del amor de Dios.

4. El Espíritu, poder para la lucha

Los redimidos, mientras están en este mundo, son llamados a sostener una lucha incesante; no contra carne y sangre,

sino contra el poder espiritual de maldad en las regiones celestes y, muy particularmente, contra las artimañas del diablo (Efesios 6:11-12). El creyente, para obtener la victoria, necesita estar vestido de la armadura completa de Dios y, en cuanto al hombre interior, ser fortalecido con poder por el Espíritu (Efesios 3:16). “Las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios (o divinamente poderosas)” (2.ª Corintios 10:4). Ciertamente, no es la carne, sino el Espíritu quien tiene poder contra Satanás.

Las armas preferidas que utiliza el enemigo son los deseos y la voluntad de la carne. Pero el Espíritu tiene el poder para subyugarlas, pues, así como está escrito en Romanos 8:2, “la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte”. La ley del Espíritu de vida es tan poderosa que vence sobre la ley del pecado y de la muerte. Es una ley de vida “en Cristo Jesús”, que mora en nuestro corazón por el Espíritu Santo. La Palabra dice: “Mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo” (1.ª Juan 4:4). Si, pues, dejamos que el Espíritu obre en nosotros, seremos librados de la antigua ley del pecado y de la muerte, y seremos “guardados por el poder de Dios” (1.ª Pedro 1:5). De manera que la vida victoriosa no es algo que debemos adquirir, sino recibir como un don de Dios en Cristo, como un fruto de “la abundancia de la gracia” (Romanos 5:17).

Al estar muertos con Cristo, tenemos el privilegio de tenernos por muertos a la carne y al pecado mediante el poder del Espíritu Santo. Pero también hemos sido resucitados con Él, de modo que, por efecto del mismo poder, podemos vivir de su vida (Romanos 6:4, 5, 11). Así, el Espíritu hace realidad en nosotros lo que Cristo adquirió para nuestra dicha mediante su obra en la cruz, donde él no solamente expió nuestros pecados

con su sangre, sino que también sufrió en su cuerpo la condenación de Dios contra el pecado (Romanos 8:3). “Nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado” (Romanos 6:6-7).

El Espíritu nos hará sentir realmente dicha muerte al pecado, así como tal vida de justicia, en la medida en que no lo trabemos mediante la actividad de la carne. “Si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis” (Romanos 8:13).

En otras palabras, el Espíritu Santo tiene el poder de ajustar la vida del creyente a la voluntad de Dios, mientras que anteriormente la carne lo hacía esclavo del pecado (Romanos 6:20-23).

Sin embargo, la naturaleza del viejo hombre no cambia; por lo tanto, si en lugar de mantenerlo en la muerte mediante la fe lo dejamos obrar a su gusto, manifestará enseguida su malignidad con tanta energía como antes. Sólo el poder del Espíritu Santo puede mantenerlo crucificado y librarnos así de su tiranía. ¡Veamos, pues!, porque está escrito: “El que piensa estar firme, mire que no caiga” (1.ª Corintios 10:12).

5. El Espíritu, poder para la oración

Se ha dicho: «¿Qué es la oración, sino la voz del Espíritu Santo en nuestro corazón, llamando a Dios?» Ya que, a menudo, no sabemos pedir como conviene, el Espíritu lo dice por nosotros en el lenguaje que Dios comprende. “Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escu-

dríña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos” (Romanos 8:26-27).

Nuestras oraciones sin el socorro del Espíritu Santo son frías, insípidas, simples formulismos. Tales oraciones hasta llegan a ofender a Dios, están desprovistas de toda eficacia y dejan el corazón en un estado más miserable que antes de hacerlas. Mientras que si somos guiados por el Espíritu, nuestras oraciones serán vivas y constantemente renovadas, tanto en su sustancia como en su expresión. Mucho más, se abandonará la voluntad propia que se manifiesta muy a menudo en ellas, y se dará lugar a la de Dios, de manera que en nuestros ruegos, incluso en los más apremiantes, desearemos ante todo lo que Dios quiere. De este modo nuestra oración será un descanso en Dios. El alma, segura de la fidelidad y de la gracia de Dios, espera su socorro con la serenidad de la fe. “En quietud y en confianza será vuestra fortaleza... Bueno es esperar en silencio la salvación de Jehová” (Isaías 30:15; Lamentaciones 3:26).

Nuestra dependencia del Espíritu en la oración es un asunto de fe. Si creemos que el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad y que intercede por nosotros, experimentaremos la realidad de su intervención. Aprenderemos a orar según el pensamiento de Dios, pues el Espíritu Santo hará concordar nuestros ruegos con la voluntad de Dios. Pero, aún más, es importante que no contristemos al Espíritu por un pecado que no hayamos juzgado. Por eso, si sentimos falta de libertad, debemos buscar inmediatamente la causa de tal impedimento y juzgarnos bajo la luz de Dios (Efesios 5:13; 1.ª Juan 3:19-22). Entonces, al revelar bajo tal luz el mal encubierto y haberlo confesado, recobramos el poder del Espíritu Santo.

La Palabra también nos exhorta a orar con perseverancia, para lo cual el Espíritu nos impulsa y nos ayuda. “Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos” (Efesios 6:18). Esta exhortación es muy oportuna, hoy más que nunca, porque muy fácilmente nos dejamos sumergir en nuestras ocupaciones cotidianas hasta el punto de no poder tomarnos el tiempo necesario para acercarnos regularmente al trono de la gracia.

Escuchemos la voz del Espíritu, quien nos invita a acercarnos a tal trono. Los hombres de fe, en todos los tiempos, fueron hombres de oración. Pensemos en Daniel, quien se arrodillaba tres veces al día en la corte del rey Darío (Daniel 6:10). Y, al respecto, ¿qué modelo perfecto hallamos en el Señor Jesús!

Pero el pasaje de Efesios 6 llama aún nuestra atención sobre un punto importante: guardémonos de limitar nuestros ruegos a la expresión de nuestras necesidades personales, y velemos para que la intercesión, la “súplica por todos los santos” tome en nuestras oraciones un lugar amplio. Si oramos por el Espíritu, él producirá tal intercesión poniendo las necesidades de los santos en nuestros corazones. La visión que Él nos dará de ellas ensanchará el horizonte de nuestras oraciones que, muy a menudo, son egoístas y están desprovistas de discernimiento. Además, la intercesión contribuye a afirmar el amor fraternal, pues obra como un antídoto contra el espíritu judicial y la murmuración.

¡Qué fuente de bendiciones es la oración por el Espíritu!
¡Qué preciosa comunión es la parte de aquel que, al orar así, expresa el pensamiento mismo del Espíritu!

6. *El Espíritu, poder para el culto*

El apóstol, después de haber exhortado a los efesios a ser llenos del Espíritu, añade: “Hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones” (Efesios 5:18-19). Esto demuestra que la plenitud del Espíritu Santo produce en primer lugar la alabanza, y la adoración, la cual es la forma más elevada del servicio, ya que es el homenaje, el culto que rendimos a Dios por lo que él es y por lo que él es para nosotros (J.N. Darby). El Espíritu, fuente de agua que salta para vida eterna (Juan 4:14) nos da la capacidad de gozar de Dios y de adorarlo en espíritu, según su naturaleza, y en verdad, según la revelación que él nos ha dado de sí mismo mediante su Palabra y en su Hijo. “Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que le adoren” (Juan 4:24). La adoración libre de todo ritualismo es producida y conducida por el Espíritu, poder de la vida de Dios en nosotros. “Nosotros... tributamos culto por el Espíritu de Dios” (Filipenses 3:3; VHA; cf. N.T.I. *Gr./Esp.*, y otras versiones). Él es quien nos revela las glorias de Dios el Padre y de Cristo su amado Hijo, así como las maravillas de la gracia desplegada hacia nosotros; Él hace nacer en nuestros corazones el agradecimiento, el amor, la alabanza y la adoración que expresamos por medio de himnos y acciones de gracias.

La adoración es, pues, el privilegio exclusivo de aquellos que tienen la vida eterna y al Espíritu Santo, y que por lo tanto son hechos capaces de ofrecer a Dios, conocido como su Padre, el único culto que le puede agradar, a saber, la adoración en espíritu y en verdad. “Porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren” (Juan 4:23).

El Espíritu, además de su acción como fuente y poder de la adoración, produce en los corazones de los verdaderos adoradores una plenitud de comunión recíproca: comunión de amor para con el Padre y el Hijo, gozo, y regocijo en el pensamiento y la expresión. Tal comunión no tiene límites de lugar ni de tiempo; es la parte de aquellos que, reunidos alrededor del Señor, gustan la dulzura de este privilegio y, así como nos gusta cantarlo, conocen «la dicha de adorar juntos y de anunciar su muerte y su regreso». Tales adoradores, hechos perfectos para siempre, unidos a Cristo, objetos del mismo amor, introducidos en la presencia misma de Dios el Padre, adoran juntos por el Espíritu. “Porque por medio de él (Cristo) los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre” (Efesios 2:18). ¡Qué gracia nos fue manifestada para que pudiéramos cumplir con tal servicio cultural, ya aquí en este mundo, como miembros de la misma familia y del mismo cuerpo, anticipando el día en que lo haremos de manera perfecta en la gloria y la felicidad eternas.

7. *El Espíritu, poder de la esperanza*

El Espíritu Santo —divino Eliezer (véase esta figura en Génesis 24)— nos habla, durante todo el viaje, del cielo de donde ha venido y hacia el cual nos acompaña. Él, como “arras de nuestra herencia” (Efesios 1:13-14), es el poder por el cual gozamos, desde aquí abajo, de las cosas de lo alto, es decir, de la gloria que compartiremos con Cristo y la vida abundante que tendremos cuando Dios vivificará nuestros cuerpos mortales a causa de su Espíritu que mora en nosotros (2.^a Timoteo 2:11; Romanos 8:11). Por cierto, el creyente aún no posee la herencia, pero el Espíritu Santo le recuerda sin cesar la realidad de ella

y su valor. Mucho más, Él le hace saborear anticipadamente de tal herencia y le garantiza la promesa. Así, nos permite anticipar el gozo y la bendición venideros, aunque aún estemos en la tierra. En una palabra, Él obra para que nuestro corazón esté en el cielo, a fin de que el cielo esté en nuestro corazón. Por ello leemos: “Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo” (Romanos 15:13).

Tal gozo procede de la certeza de que pronto tomaremos posesión de la herencia. “Por el Espíritu aguardamos por fe la esperanza de la justicia” (Gálatas 5:5). Cristo está ya glorificado, y nosotros compartimos su gloria. Esta esperanza, que el Espíritu afirma en nuestros corazones, “no avergüenza, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Romanos 5:5). Al derramar en nosotros el amor de Dios, el Espíritu Santo nos revela a Dios en la esencia de su ser y nos da un pleno goce de la esperanza que muy pronto será una gloriosa realidad. Leemos: “El Espíritu de gloria y de Dios descansa sobre vosotros” (1.ª Pedro 4:14; VM), y esto desde ahora. Él es quien, dirigiéndose al Señor Jesús, dice con la Esposa: “¡Ven!” Asimismo, Él es el que obra en cada uno de nosotros a fin de que unamos nuestras voces a la suya y digamos: “Amén; sí, ven, Señor Jesús” (Apocalipsis 22:17, 20).

Después de haber considerado en alguna medida la obra del poder del Espíritu Santo en el creyente, nos sentimos impulsados a dar gracias a Dios porque él proveyó, de manera admirable, todo lo que es preciso para satisfacer las necesidades de los santos, para que ellos pudieran contar con una plenitud de poder, de victoria y de gozo, a pesar de las flaquezas que

puedan manifestar. ¡Que Él nos conceda la gracia de beber sin cesar de esa fuente divina y de velar para no privarnos, por falta de vigilancia, de las bendiciones que brotan de ella!

M. Tapernoux (M. E. 1973)

EL ESPÍRITU SANTO COMO PODER

1.ª Corintios 12

El capítulo citado nos habla del Espíritu Santo obrando como poder en la Iglesia. Cuando Él ejerce así su acción, manifiesta del modo más tajante la separación entre la Iglesia y el mundo, y condena a este último. La Iglesia, que cayó en la infidelidad, se acercó al mundo y se mezcló con él; pero el Espíritu Santo no puede hacer eso y la separa del mundo. Lo hace uniendo los corazones a Cristo, reuniendo a los hijos de Dios dispersados y dándoles un mismo pensamiento. Cuando se produce una división entre los hijos de Dios se debe a la carnalidad que ellos manifiestan, porque andan “como hombres” (1.ª Corintios 3:3). Satanás, el mundo y el pecado dispersan; el Espíritu Santo une. Cuando los hijos de Dios pierden la unidad del Espíritu se debe a que el espíritu mundano los ha invadido.

Cuando la Palabra de Dios nos presenta al Espíritu Santo, ya no como poder, sino como principio de comunión, ella nos habla de otra manera. Lo vemos cuando leemos que el Padre era quien lo enviaría, o cuando el Hijo lo enviaría en el nombre del Padre (Juan 14 y 15). Mediante el Espíritu estamos unidos a Cristo, somos un solo espíritu con Cristo (1.ª Corintios

6.17), y estamos en comunión con el Padre y con el Hijo. Pero cuando la Palabra nos habla del Espíritu repartiendo los dones como él quiere, ella nos muestra el lugar de autoridad que el Espíritu tiene en la Iglesia. Si se trata del Espíritu como poder, Cristo mismo lo recibió con tal carácter cuando fue bautizado por Juan. Es el mismo punto de vista que encontramos cuando se menciona al Espíritu en Lucas 24:49, en Hechos 1:8; 2:33 y en Efesios 4:4-6.

Cristo, como hombre, se encuentra actualmente en la presencia de Dios con el objeto de presentarle a la Iglesia y para recibir todo lo que la Asamblea necesita, a fin de brindárselo y nutrirla de ello. Cristo, como hombre, ha recibido el Espíritu Santo para la Iglesia; Él mismo se lo da y el Espíritu no la abandona jamás. La presencia del Espíritu Santo en la Iglesia es aquello que la distingue del mundo. Ella se encuentra actualmente en una extrema debilidad porque no pone su confianza en el poder del Espíritu Santo.

Al final del evangelio según Lucas leemos que el Señor abrió el entendimiento de los apóstoles para que comprendiesen las Escrituras, pero eso aún no era ser “investidos de poder desde lo alto” (Lucas 24:45, 49). Se puede llegar a comprender la Palabra e incluso a explicarla y, sin embargo, no tener el poder que la hace eficaz para nosotros y para los demás. Podemos gozar mucho cuando escuchamos explicar la Palabra, pero si el poder del Espíritu Santo no está en el alma, dicha Palabra permanece ineficaz y el corazón no siente su efecto.

En la Iglesia, aunque el Espíritu Santo es uno, hay toda clase de dones. El Espíritu es Dios, y reparte a cada uno en particular como él quiere (1.^a Corintios 12:11). Se trata del poder del Espíritu en nosotros, que obra mediante nosotros para el

bien de los demás; aquí no es cuestión de la vida ni de la comunión. Se ve esto claramente en los profetas que vivieron en este mundo antes de Cristo (1.^a Pedro 1:10-12). Alguien puede ser un agente que transmite una bendición, sin ser él mismo el objeto de ella. Mediante los dones que el Espíritu nos reparte, debemos ser servidores de Cristo: hay muchos dones, pero un mismo Señor (v. 5). Todos esos dones deben permanecer bajo la dirección del Espíritu y al servicio de Cristo. Los corintios llegaron a emplear sus dones para su propia gloria, para jactarse. Todos los dones pueden dar lugar a semejante abuso.

El Espíritu Santo obra libremente en quien él quiere, pues, al respecto, es soberano; de modo que Él puede hablar por boca de un hombre inconverso, e incluso puede hacer hablar a un asno; Él puede reprender a los más instruidos mediante el hermano más ignorante. A cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho mutuo (v. 7), y es preciso no emplear los dones si no se lo hace para el bien de las almas y para el provecho del cuerpo de Cristo, la Iglesia.

Ciertos dones eran señales para el mundo, y han cesado; otros son necesarios para la vida de la Iglesia, y Dios los ha mantenido. Los primeros eran los ornamentos de la Iglesia, su testimonio ante los ojos del mundo. Si Dios hubiera dejado todos esos ornamentos y hubiera permitido que continuaran esas señales en una Iglesia que se ha entregado a la mundanalidad y hasta la idolatría, habría aprobado el mal ante los ojos mismos de los incrédulos.

Por otra parte, Cristo jamás dejó de dar los dones necesarios para que su cuerpo sea alimentado; Él ama a su carne, la sustenta y la cuida, y lo continuará haciendo siempre. Pero, en la historia de la Iglesia ha sucedido, y aún ocurre todos los días,

que, al contristar al Espíritu, el lobo aprovecha la ocasión para venir y dispersar el rebaño. Entonces los miembros, al no estar unidos de hecho, ya no obran más juntos para el bien de todos. Sin embargo, esto no impide que todo testigo fiel obre de la mejor manera en medio de tal desorden.

Debemos ocuparnos solícitamente en reconocer en nosotros el don del Espíritu Santo, a fin de servir a Cristo mediante el ejercicio del don recibido. Es algo extremadamente triste ver a cristianos que escogen un ministerio a su gusto. Si ellos escucharan al Espíritu Santo, recibirían la edificación mediante todo servidor de Cristo. Desde el momento en que reconocemos la voz del Espíritu Santo, debemos someternos a dicha voz. El hecho de que el hombre haya querido reemplazar al Espíritu Santo es una causa de muchas miserias. En los primeros tiempos de la Iglesia, el Espíritu obraba, se reconocía su poder y los creyentes se sometían a él. Cuando Él obra, uno es exhortado, instruido, humillado, edificado; cuando lo hace el hombre, quizá se pueda gozar de estas cosas, pero sin aprovechamiento. Los dones más manifiestos no son los más evidentes ante los ojos de Dios ni los que obran más poderosamente para el bien de la Iglesia. Un don de sabiduría que se ejerce en privado puede ser más eficaz que un don de predicador que se ejerce en público. Los miembros más débiles del cuerpo son los más necesarios. Nadie ve el corazón, pero si éste dejara de latir todo terminaría; es más esencial que los ojos y que la mano, que se ven. Es improbable que Dios dé todos los dones a un solo hombre; por eso, cuando un solo hombre es el que ejerce el ministerio en medio de una asamblea, tal hecho sólo puede resultar en detrimento de ella.

J.N. Darby (M. E. 1994)

LA LIBRE ACCIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

Por A. H. Burton

(Viene de la página 65)

Capítulo 3

El capítulo 12 de la primera epístola a los Corintios nos enseña cuál es el **principio** establecido para la realización de las reuniones; el capítulo 13 nos muestra cuál es el **poder** con que se llevan a cabo, y el capítulo 14 nos presenta la **práctica**.

Como hemos visto, el principio señala que la Iglesia es el cuerpo de Cristo, que en él cada miembro tiene su lugar marcado por Dios mismo: “Dios ha colocado los miembros cada uno de ellos en el cuerpo, como él quiso.” “Ahora son muchos los miembros, pero el cuerpo es uno solo” (12:18, 20). Y los dones son distribuidos a cada uno en particular como le agrada a la soberana voluntad de Dios el Espíritu Santo (v.11).

Quizá nos preguntamos si cada miembro de la Iglesia posee un don. No. Los dones son conferidos a algunos para la utilidad de muchos. “Y a **unos** (no a **todos**) puso Dios en la iglesia, primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros, luego los que hacen milagros, después los que sanan, los que ayudan...” etc.(v. 28). Evidentemente son dones particulares conferidos a **algunos** en la Iglesia. Sin duda, la expresión “los que ayudan” tiene un significado muy amplio, ¡y cuánto espacio hay aún para el ejercicio de este don!

Pero, además, **cada** miembro tiene una función que

debe cumplir en su lugar para el bien de todo el cuerpo: “Ni el ojo puede decir a la mano: No te necesito” (V. 21). Es doloroso ver cuán a menudo la carne obra de manera diametralmente opuesta a este principio.

Con frecuencia se ha recurrido a la expulsión, a la exclusión de la comunión (lo que debería hacerse únicamente en última instancia y en un caso de dolorosa necesidad), cuando una disciplina menos severa impuesta por la asamblea sería suficiente.

Veamos ahora el capítulo 13, que nos brinda el gran secreto del poder necesario para practicar los principios establecidos en el capítulo 12. ¡Que cada creyente lo estudie cuidadosamente y de rodillas! La disciplina es algo necesario; el capítulo 5 de esta misma epístola lo prueba. Pero absolutamente ninguna acción en la Iglesia de Dios, ya sea que se trate del ministerio o de la disciplina, debe ejercerse sin una adhesión completa a las exhortaciones que nos brinda el capítulo 13.

Después de haber comprendido el principio establecido para la reunión, según el capítulo 12, y de haber buscado el poder, según el capítulo 13, ¿dónde hallar en las Escrituras las directivas necesarias para la práctica de estas cosas en la Iglesia? El capítulo 14 de la primera epístola a los Corintios es el único capítulo de toda la Biblia en el cual se explica cómo debe conducirse una asamblea.

En este último capítulo, lo primero que nos llama la atención es la ausencia de un pastor encargado, de un ministro o de un presidente. Al comparar las diferentes formas de culto público practicadas en nuestros días con lo que hallamos en este capítulo, podemos observar que la cristiandad abandonó completamente la simplicidad de los primeros días.

Cada denominación de la cristiandad (iglesia Católica

Romana, iglesia Nacional, iglesia Disidente, etc.) da a un solo hombre un lugar preeminente en cada congregación. Si ese hombre está presente, esperan que todo marche bien. En todos los casos habrá orden; pero puede que en lo espiritual sea el orden que se encuentra en un cementerio. Incluso hasta puede darse el caso de que, desgraciadamente, ese hombre no tenga ni una chispa de vida de Dios en su alma, y que en su congregación jamás sople un hálito del Espíritu de Dios. No obstante todos allí se encuentran satisfechos porque, al menos, no hay desorden. Necesitan el orden y el control del hombre. Tal hombre, gracias a Dios, puede ser verdaderamente convertido y, por lo tanto, poseer el Espíritu de Dios; pero, aun así, la dirección de la reunión estará a cargo de ese hombre.

Pero en el capítulo 14 de 1.^a Corintios hallamos una asamblea de un carácter muy diferente. En este pasaje no se encuentra un presidente visible, sino una completa libertad para que cada uno tome parte en todo lo que proviene de la dirección del Espíritu de Dios.

En primer lugar leemos que “toda la iglesia” debe reunirse (1.^a Corintios 14:23). Esto no siempre es posible en una localidad, a causa del gran número de creyentes que vive en una gran ciudad, por ejemplo. Pero sea como fuere, dicha reunión siempre debe caracterizar, en principio, la reunión de los santos en asamblea (o como iglesia). La iglesia local, según las Escrituras, representa a la Iglesia entera. Vemos esto en 1.^a Corintios 12:27. “Vosotros, pues sois [el] cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular”. Estas palabras estaban dirigidas a los santos de Corinto. De hecho, ellos formaban parte sólo de una parte del cuerpo de Cristo; sin embargo, en esa localidad, representaban al cuerpo entero.

Nosotros no olvidamos que vivimos en un tiempo de confusión y de división, y en el estado en que se encuentran las cosas en el presente nunca encontraremos reunida a la iglesia entera, ni siquiera de corazón. Pero, a pesar de todo esto, deberíamos recordar que, según las Escrituras, todos los santos que viven en un mismo lugar tienen la responsabilidad de reunirse, de permanecer juntos. Si ellos no lo hacen se encuentran en falta y desobedecen en gran manera a la explícita palabra de Dios.

En 1.^a Corintios, en los capítulos 11 y 14, encontramos siete veces la expresión “reunirse” (o congregarse). Tal es el deber obligatorio, como también el privilegio, del pueblo de Dios.

La Iglesia es, pues, la Asamblea de Dios; ella no es simplemente una asamblea de santos. Por eso todos los creyentes deberían reunirse y permanecer juntos en cada lugar. Deben congregarse no como católicos romanos, griegos o protestantes; no como bautistas, independientes, wesleyanos o cuáqueros; ni siquiera como hermanos, sino como miembros del único cuerpo de Cristo.

Tal es la doctrina bíblica, frente a la cual todo creyente es responsable de obrar según ella. La Palabra de Dios nos brinda numerosas y suficientes directivas para ello y nos enseña cómo debemos obrar cuando estamos reunidos.

Y si en alguna localidad toda la iglesia de Dios que está allí no se reúne o no quiere reunirse, aún está a disposición el privilegio de que lo hagan dos o tres —aunque tan sólo sea ese reducido número—, contando con la gracia y la fidelidad del Señor, quien prometió su presencia allí donde dos o tres estén congregados en su nombre. Solamente que ellos tendrán los siguientes cuidados: por una parte, no excluir a aquellos a quienes

el Señor admitiría y, por otra, no admitir a aquellos a quienes la disciplina de Su casa excluiría a causa de sostener una falsa doctrina o por manifestar una mala conducta.

Sin entrar en todos los detalles del capítulo que debería ser estudiado con oración por cada miembro del cuerpo de Cristo, por los hermanos y las hermanas, jóvenes y ancianos, hay dos exhortaciones principales alrededor de las cuales parece convergir todo.

En primer lugar: “Hágase todo para edificación” (14:26). ¡Cuán importante es recordarlo cuando los santos se reúnen en asamblea! En este capítulo hallamos siete veces las palabras “edificar” o “edificación”. La iglesia o asamblea no es el lugar para hacer alarde de los dones que se poseen, ni simplemente para hacer escuchar allí cosas verdaderas. “Los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas” (v. 32). Esto significa que un hermano que tiene la capacidad de tomar la palabra y que incluso se sintiera impulsado a hacerlo, puede hallarse en la necesidad de sujetar su don y callarse, recordando el único y gran objetivo que se debe tener presente: la edificación de toda la asamblea.

En los primeros tiempos de la Iglesia, cuando el don de lenguas abundaba, esta recomendación revestía gran importancia. Pablo mismo poseía el don de lenguas, más que los demás; y, sin duda, él lo ejercía libremente fuera de la asamblea. No obstante, escribió: “**en la iglesia** (o asamblea) prefiero hablar cinco palabras con mi entendimiento... que diez mil palabras en lengua desconocida.” ¿Por qué? Pues porque el objetivo que tenía en vista era la edificación. Éste es un punto que no deberíamos olvidar nunca. Los oradores que hablan cinco palabras son escasos. Algunos se abstienen por temor de no poder hablar

bastante tiempo, mientras que otros hablan durante un tiempo demasiado largo. Estamos persuadidos de que muchos hermanos, que se alimentan de la Palabra de Dios y viven apegados al Señor, podrían edificar a los hijos de Dios y ser entre ellos canales para recibir muchas bendiciones en estos días de debilidad, haciendo escuchar simplemente unas pocas palabras.

Que cada hermano que hable en la asamblea preste mucha atención y se atenga a estas palabras: “Palabra bien comprensible.” Estamos convencidos de que una gran parte de lo que se dice en algunas reuniones no edifica, por el simple hecho de que las palabras que se pronuncian en ellas pasan por encima de la cabeza de los oyentes.

Además, cada hermano que asiste a una reunión debería sentir su responsabilidad respecto a la asamblea. Tememos que muchos concurren a ella como simples asistentes, y esto no debe ser así. “Cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene salmo, tiene doctrina, etc.” (v. 26). El apóstol no los censura por ello; era el estado normal de la asamblea, es decir, cada uno tenía libertad. Sin embargo, ¿no hay muchos hermanos cuyas bocas jamás se abren para orar o para expresar acciones de gracias en la asamblea? ¿Es esto, acaso, algo normal? ¡Que Dios despierte a los suyos respecto a ello!

Por supuesto, no se trata de que todos deban hablar en cada reunión. Lo que deploramos es el hecho de que algunos jamás participen de ninguna manera en el culto de adoración; el silencio de los tales es, incluso, una pesada carga para los demás.

En los comienzos, las cosas parecían haber llegado al otro extremo; y fue necesario remediar eso. El Espíritu Santo limitó el número de aquellos que debían hablar. Un mayor número

de hermanos podía orar, dar gracias o indicar un cántico, pero los que hablaban debían ser solamente dos o a lo más tres (v. 27-32). ¿Por qué? Pues “para que todos aprendan, y todos sean exhortados” (v. 31). Si muchos hermanos hablan en una reunión o hablan muy largo tiempo no hay edificación; y esto no habría que olvidarlo jamás. Por la misma razón, dos hermanos no debían hablar a la vez. Es evidente que a veces sucedía eso. Ello no edificaba y, además, era un desorden.

Esto nos lleva al segundo gran principio que presenta este capítulo: “Hágase todo decentemente y con orden” (v. 40). Es claro que si dos o tres comenzaban a orar o a hablar al mismo tiempo, el resultado era confusión y desorden. Pero supongamos que el Espíritu de Dios impulsaba a un hermano a tomar la palabra mientras que el primero aún estaba hablando, ¿qué se debía hacer? “Calle el primero” (v. 30). Los principios que se siguen en este mundo son diametralmente opuestos a esta regla. En el mundo, el primero que habla tiene el derecho de continuar; pero en la Iglesia de Dios los derechos del hombre no existen. ¿A qué tenemos derecho, sino al juicio? En la Iglesia es cuestión de dar lugar, única y absolutamente, al Espíritu de Dios.

Sin duda, en los primeros días de la Iglesia descritos en el pasaje que estamos considerando, cuando el canon de las Escrituras no estaba completo, Dios revelaba lo que era importante para toda la Iglesia, comunicando su pensamiento de una manera especial. Hoy no puede ser igual, pues todo el pensamiento de Dios nos ha sido revelado. No nos será dada ninguna nueva revelación. Se trata, entonces, del ministerio de la Palabra, la cual ya tenemos a disposición.

Sin embargo, el mismo principio se aplica en todas partes donde se reúne la Iglesia. Cuando ella está reunida, los her-

manos deben hablar uno tras otro, pero el número de los que lo hacen se limita a dos, o a lo más tres.

La Escritura añade otra restricción que, desgraciadamente, algunos parecen ignorar en estos días de insumisión a la Palabra de Dios: “Vuestras mujeres callen en las congregaciones; porque no les es permitido hablar, sino que estén sujetas, como también la ley lo dice” (v. 34). Nada puede ser más explícito.

El Espíritu de Dios nos presenta aquí instrucciones que deben regular la acción de las mujeres “en todas las iglesias de los santos” (v. 33). Una mujer puede muy bien estar dotada con un don tanto como un hombre, por ejemplo como las cuatro hijas de Felipe (Hechos 21:9). Pero el simple hecho de poseer un don no autoriza a aquel o a aquella que lo ha recibido a emplearlo en todo tiempo y en toda circunstancia. Ya hemos visto que había ocasiones en que un hombre debía guardar silencio en la iglesia, pero en las reuniones a la mujer no le estaba permitido hablar nunca. La lectura de 1.^a Timoteo 2:8-15 nos muestra claramente que una mujer que predicara públicamente a un auditorio compuesto de hombres y mujeres, desobedecería a la Palabra de Dios.

Es en vano refutar esto diciendo que tal ministerio de una mujer puede ser de bendición para la conversión de pecadores. Se trata de una simple obediencia a la Palabra de Dios. ¡Qué! “¿Acaso ha salido de vosotros la palabra de Dios?” No es, pues, la Iglesia la que enseña, a despecho de lo que Roma pretende. Cuando Dios habla, como lo hace en las Escrituras, nuestra sabiduría, así como nuestro deber, consiste en obedecerle.

Sin embargo, Dios habla a todos: “¿...La palabra de Dios... sólo a vosotros ha llegado?” (v. 33). Las instrucciones

dadas en estos versículos no eran sólo para la asamblea en Corinto, sino para la dirección de todas las asambleas en todos los tiempos. “Lo que os escribo son mandamientos del Señor” (v. 37). Si alguno pretende ser espiritual, que de las pruebas de ello mediante su sumisión a la voz de Dios, y que reconozca que esas órdenes no eran simplemente el modo de ver de un apóstol, sino mandamientos del Señor. Hoy día es más necesario que nunca insistir sobre este principio. Algunos creyentes, hombres y mujeres, afirman con altivez estar llenos del Espíritu Santo, pero el Espíritu Santo ¿podrá mandarnos a desobedecer la Palabra? No obrar según lo que está escrito en la Palabra es una desobediencia voluntaria o una ignorancia culpable.

Para finalizar, quisiéramos recomendar seriamente a todos nuestros lectores creyentes que profundicen el estudio de este capítulo, y que lo hagan con oración.

En él hallamos una detallada descripción del tipo de reunión que caracteriza al cristianismo. Cuando la Iglesia de Dios se reúne de esta manera, el capítulo 14 de 1.^a Corintios nos enseña cómo debe tener lugar el servicio:

1. No debe gobernar o dirigir ni un pastor ni un ministro ni un presidente.

2. Debe dejársele libertad al Espíritu para que él utilice a quien quiera para la adoración, la oración, o la exhortación y la enseñanza.

3. La edificación de la iglesia debe ser el objetivo esencial del ministerio, y no la demostración del don que posee el que habla.

4. En todas las cosas que se hagan debe haber sumisión a la voluntad de Dios que nos fue revelada.

¡Cuan infrecuentes son reuniones semejantes! Podemos decir que ellas nunca tienen lugar en lo que hoy en día se llaman iglesias. ¡Y cuán poco se llevan a cabo de esa manera entre los que buscan andar conforme a la verdad referente a la Iglesia, tal como se encuentra en las Escrituras!

Reuniones para la predicación del Evangelio, conferencias para los hijos de Dios, reuniones para la lectura de la Palabra de Dios, todo esto abunda y todas ellas son importantes, necesarias y de indiscutible utilidad. Necesitamos todos estos medios de gracia y debemos apreciarlos en gran manera, pero no perdamos de vista el tipo de reunión que, antes que todas las demás, deben tener lugar entre nosotros.

En un tiempo de confusión y de ruina como el que vivimos, en un tiempo en que los dones están diseminados a causa de nuestra flaqueza, el privilegio de los santos es, aún, reunirse como lo indica el pasaje de la Escritura que acabamos de meditar.

Así, aun cuando hubiera una ausencia total de todo don entre nosotros, podrá decirse: “Verdaderamente Dios está entre vosotros.” Recibiremos mucha más bendición reuniéndonos de esta manera que ateniéndonos a un hombre que habla y predica sin tener dones y sin ser llamado por Dios para hacerlo.

Que nadie crea que intentamos aminorar la responsabilidad de predicar la Palabra cuando el don existe, pero no todos son llamados a predicar, mientras que la Iglesia entera es llamada a reunirse para rendir culto, para orar y para adorar. Y si, en este tiempo de ruina, toda la asamblea de una localidad no lo hace jamás, no olvidemos que sí pueden hacerlo aquellos que desean ser guiados por la Palabra de Dios, cuidándose a la vez de la pretensión de tener el derecho exclusivo de ser la Iglesia

de Dios, o de excluir a los creyentes sanos en la doctrina y fieles en su andar.

(M. E. 1905)

HA RESUCITADO EL SEÑOR VERDADERAMENTE

(Lucas 24:34)

por F. von Kietzell

(Viene de la página 72)

Capítulo 3

María Magdalena

“Habiendo, pues, resucitado Jesús por la mañana, el primer día de la semana, apareció primeramente a María Magdalena” (Marcos 16:9).

¿Quién era esta mujer? La hallamos por primera vez entre aquellas mujeres galileas que seguían a Jesús y que “le servían de sus bienes” (Lucas 8:3). ¡Cuántas razones tenían para servirle! ¿No la había sanado “de espíritus malos y de enfermedades”? Y esta María, originaria de la pequeña ciudad de Magdala, tenía una razón muy especial para esto pues, como lo hallamos escrito en dos ocasiones, el Señor había echado de ella siete demonios (Marcos 16:9; Lucas 8:2). Satanás la había tenido sujeta completamente bajo su poder; ahora, liberada, se apegaba con todo el corazón a Aquel que la había librado de esa cruel esclavitud.

Ya hemos señalado de qué manera, en los Evangelios, el Espíritu de Dios pone en evidencia la belleza de la actitud y del servicio de estas consagradas mujeres. A una de ellas, María de Betania, no se la menciona en el relato de la resurrección. La comprensión que ella tenía acerca de lo que le concernía al Señor era mucho más grande que la de las otras mujeres. De hecho, fue la única a quien se le permitió rendir honor al santo cuerpo del Señor. Ella lo había unguido por anticipado para su sepultura (Marcos 14:8). Cuando las otras mujeres llegaron al sepulcro para unguir el cuerpo ya era demasiado tarde. Jesús había resucitado, y la tumba estaba vacía.

Entre estas mujeres, María Magdalena se distingue, sin duda, por la intensidad del afecto que manifestaba por su Señor. Para convencernos de ello, basta con seguir sus pasos a lo largo de esos trágicos días. Primeramente la hallamos cerca de la cruz (Marcos 15:40), luego en el sepulcro, mirando dónde ponían el cuerpo de Jesús (v. 47). La volvemos a ver en el sepulcro antes del fin del día sábado (Mateo 28:1); luego en la ciudad, con sus compañeras comprando aún especias aromáticas —además de aquellas que ya habían preparado— (Lucas 23:56; Marcos 16:1). Finalmente, ella volvió al sepulcro antes que las otras, para estar allí donde había sido puesto “su Señor”.

“El primer día de la semana, María Magdalena fue de mañana, siendo aún oscuro, al sepulcro; y vio quitada la piedra del sepulcro” (Juan 20:1). Las otras mujeres fueron cuando ya había “salido el sol” (Marcos 16:2), pero María había ido “siendo aún oscuro”. Ella no tuvo temor de caminar sola en la noche, por ese sendero difícil y peligroso que conducía fuera de la ciudad. Mucho más, cuando vio quitada la piedra y el sepulcro vacío, adelantándose a las otras mujeres (quienes, probablemente, llegaron entretanto al lugar), ¡ella recorrió todo el camino en sentido inverso! Muy conmovida, corrió hasta la ciudad y contó a Pedro y a Juan lo que acababa de ver: “Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde le han puesto” (Juan 20:2).

Tal como los dos discípulos y las otras mujeres, María buscaba “entre los muertos al que vive”. Es evidente que ninguno de ellos recordaba lo que, no obstante, el Señor les había dicho muchas veces. Sin embargo, en lo que concierne a María, esa falta de conocimiento fue eclipsada por el ardor de sus afectos. “Y volvieron los discípulos a los suyos. Pero María estaba fuera llorando junto al sepulcro” (Juan 20:10-11). ¡Esto es tan bello! María se encontraba en una extrema ignorancia. No sabía que Cristo había resucitado. Tenía una tan débil idea del hecho de que él es Señor y Dios, que llegó a pensar que alguien había llevado su cuerpo. Sin embargo, Cristo era realmente su todo, era Aquel que su corazón necesitaba. Sin Él, María lo había perdido todo, el mundo le parecía vacío.

¿No nos sentimos conmovidos frente a un amor tan ferviente por el Señor, quien nos amó tanto y nos libró a nosotros también? Quizá sepamos mucho más que María acerca de temas elevados y gloriosos relacionados con Él, pero nuestros corazones ¿no se encuentran a menudo fríos e insensibles respecto a Aquel que nos adquirió esas grandes bendiciones dándose a sí mismo? ¿Acaso no nos ocurre que llegamos a pasar horas —por no decir días— sin gozar de la comunión con Él, e incluso sin darnos cuenta de la pérdida que sufrimos por ello? Bien podemos repetir: ¡qué vergüenza sentimos cuando nos comparamos con María Magdalena! Ella fue la primera en llegar al sepulcro en la mañana de la resurrección. Cuando todos los demás se retiraron de ese lugar, ella permaneció allí, sola, vertiendo lágrimas porque no hallaba a su Señor y no sabía dónde lo habían puesto. Pero, a través de esas lágrimas, pronto vería a Jesús; y no vería solamente su cuerpo, sino al Señor en persona, quien resucitó de entre los muertos.

Los dos discípulos y las demás mujeres se retiraron del sepulcro vacío. María Magdalena se quedó allí sola. Se mantuvo junto al sepulcro, fuera, llorando (Juan 20:11). Pero quizás ella se equivocó; sólo había dado un leve vistazo al interior del sepulcro. ¿Acaso no se encontraba allí la explicación de lo que había sucedido con su

Señor? Cualquiera que haya sido la razón de su gesto, ciertamente “se inclinó para mirar dentro del sepulcro” (Juan 20:11). En ese momento, pues, su mirada fue embargada por esa “visión de ángeles” (Lucas 24:23) que se menciona en cada evangelio. Dos de esos seres celestiales, vestidos de blanco, estaban sentados en el interior del sepulcro, “uno a la cabecera, y el otro a los pies, donde el cuerpo de Jesús había sido puesto” (Juan 20:12).

Al ver a estos seres sobrenaturales, maravillosos, cuyo aspecto “era como un relámpago”, los guardas habían temblado de miedo y habían quedado “como muertos” (Mateo 28:3-4). Frente a esos “varones con vestiduras resplandecientes”, las otras mujeres también se habían espantado, “les había tomado temblor y espanto”; aterrorizadas, habían huido del sepulcro (Marcos 16:5, 8; Lucas 24:4-5). Pero no leemos nada parecido acerca de María. Todo lo demás parecía no tener ninguna importancia frente a su profundo dolor, el cual no podía apaciguarse con nada. Por eso la primera pregunta que le formula el ángel —y más tarde el Señor— apunta a su dolor y a la razón de sus lágrimas.

“Y le dijeron: Mujer, ¿por qué lloras? Les dijo: Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto” (Juan 20:13). Sus palabras fueron siempre las mismas. Ya sea dirigiéndose a los ángeles, a Pedro, al otro discípulo o, más tarde, a Aquel a quien tomó por el hortelano, ella repetía incansablemente: “Se han llevado a mi Señor”. Su Señor, quien la había librado de siete demonios y quien le había cambiado completamente su vida desde hacía tres años, ¡Él era su Único y su Todo! Unas manos amantes lo habían puesto cuidadosamente en el sepulcro, después de esa muerte horrible e ignominiosa. Y ahora, ¿enemigos de Dios, cualesquiera que fueran, se lo habían llevado impidiendo así que María encontrase al menos su cuerpo sin vida y le quitaban la oportunidad de poder estar cerca de él?

No leemos aquí que los ángeles respondieran a María, como lo hicieron con las otras mujeres. Otro Ser apareció delante de ella para responder a su angustia. El Señor —delante del cual los

ángeles se callan y se inclinan con reverencia—, ¿habría podido hacer menos que responder con su propia presencia a un amor tan ferviente? “Cuando había dicho esto, se volvió”, probablemente consciente de que no estaba sola, “y vio a Jesús que estaba allí; mas no sabía que era Jesús” (Juan 20:14).

Cegada por las lágrimas, ella no lo reconoció. Víctima de su ignorancia, buscaba al Viviente entre los muertos. Sin duda, esos eran sentimientos humanos y un deseo lleno de ignorancia, pero el Señor Jesús era el objeto de su corazón. ¡Oh, si nuestro corazón tuviera sólo un poco más de tal afecto! Podemos tener mucho conocimiento, quizá podemos sentirnos orgullosos de nuestra comprensión, de nuestro trabajo y fidelidad allí donde Dios nos ha puesto. Pero, ¿qué de nuestros afectos por Él? Jesús, ¿es para nosotros el Señor, aquel para quien deseamos vivir? Su persona, ¿es el objeto de todas nuestras aspiraciones y de todos nuestros deseos?

¿No es conmovedor ver que el Señor resucitado se manifestó primero a esta mujer? ¡Antes de que ella se diera cuenta, Él estaba allí, en pie a su lado! Él no dejó a los ángeles el cuidado de darle la noticia de su resurrección, como a las otras mujeres. El Señor comenzó a responder su angustiada pregunta mediante otras dos preguntas: “Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?” Lo que Él deseaba para María (como también para nosotros), era que aprendiese a expresar en su propia presencia el amor que ella le manifestaba.

Eso es lo que ella haría, y de manera muy conmovedora. Pensando que era el hortelano, le dijo: “Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré” (Juan 20:5). María no pronuncia ningún nombre; habla sólo de “Él” como si fuera natural que cada uno supiera de qué se trataba. También dice: “Y yo lo llevaré, olvidando totalmente que ella, una débil mujer, era incapaz de hacerlo.

Tal amor toca el corazón del Señor. El buen Pastor, quien había dado su vida por las ovejas y que ahora la había vuelto a tomar, llama a esta oveja por su nombre. La voz bien conocida del Pastor resuena de manera incomparable hasta el fondo de su corazón. Aun-

que María aún estaba de espaldas, comprendió que Aquel a quien creía muerto estaba en pie junto a ella y le estaba hablando. “Jesús le dijo: ¡María! Volviéndose ella, le dijo: ¡Raboni! (que —en hebreo— quiere decir, Maestro)” (Juan 20:16). Entonces ella se arrojó a los pies de Jesús para tomarlo y no dejarlo nunca más.

Pero eso no podía ser. Aún no había llegado el momento en que el Señor restauraría el reino a Israel (Hechos 1:6), y moraría físicamente con su pueblo en la tierra. Cuando Él dijo: “Vendré otra vez”, sus palabras tenían un alcance más vasto y un sentido mucho más profundo. La redención había producido un resultado mucho más maravilloso: un lugar para los redimidos en esas “muchas moradas” de la casa del Padre, en el cielo. Por eso Él la detiene: “No me toques, porque aún no he subido a mi Padre.” El Señor resucitado, primero debía tomar el lugar que le pertenecía a la diestra del Padre.

Esta querida oveja que, a despecho de su falta de conocimiento, deseaba tanto hallar nuevamente a su Señor y Maestro, vino a ser no solamente la primera persona a quien Jesús “se presentó vivo con muchas pruebas indubitables”, sino también la primera a la cual él le reveló y confió el misterio de la nueva y gloriosa posición que adquirió para los suyos. “Mas vé a mis hermanos, y díles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios” (Juan 20:17).

Tales son las primeras palabras del Señor resucitado. Jesús, por su amor “hasta la muerte” y por su completa obediencia a Dios, introdujo a los suyos en la relación que le pertenece a él como hombre resucitado junto a su Dios y Padre. ¡Él no se avergüenza de llamarnos “hermanos”! Pero no olvidemos a aquella a quien Él le confió esta buena noticia, ni la razón por la cual fue escogida para ello. María, exultante de gozo, ¡regresa del sepulcro vacío donde, instantes antes, angustiada y llorando, buscaba a su Señor! Ahora ella vuelve “para dar a los discípulos las nuevas de que había visto al Señor, y que él le había dicho estas cosas” (Juan 20:18).

(Continuará)

*Padre, ¡gran Dios de amor! que reveló el Señor,
¡a Ti loor!*

*Del seno paternal, el puro manantial,
fluye vida eternal: ¡Gloria al Dios de amor!*

*Por nuestro Redentor, el Hijo de tu amor:
¡a Ti loor!*

*Su sangre Él vertió, con ella nos lavó,
y el cielo nos abrió: ¡Gloria al Dios de amor!*

*Por el Consolador que nos diste, oh Señor:
¡a Ti loor!*

*En la Iglesia Él está, tu gracia y paz le da,
de Ti la llena ya: ¡Gloria al Dios de amor!*

*El Señor resucitó; ¡alehuya, alehuya!
Muerte y sepulcro venció, ¡alehuya, alehuya!
Cos su fuerza y su virtud cautivó la esclavitud,
sacó a luz la vida en plenitud.*

*El que en dura cruz sufrió, ¡alehuya, alehuya!
Y hasta el polvo se humilló, ¡alehuya, alehuya!
Su poder, su majestad, su justicia y su verdad,
cielo y tierra siempre celebrad.*

*El que a muerte se entregó, ¡alehuya, alehuya!
Y la culpa vil cargó, ¡alehuya, alehuya!
Hoy con gracia celestial, reina en vida triunfal,
paz nos da con favor eternal.*

*Cristo, nuestro Salvador, ¡alehuya, alehuya!
De Satán el vencedor, ¡alehuya, alehuya!
La Iglesia en gloria al loar tu victoria ha de cantar
y tu grande amor siempre ensalzar.*